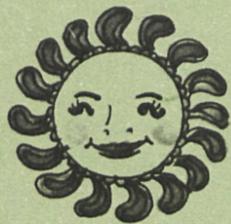


LA PUERTA DEL SOL



SE ACORDO LEVANTARLA EN 1502,
PARA AGRADECER LA VISITA DE
LOS PRINCIPES JUANA Y FELIPE,
AUNQUE SE DESCONOCE CUANDO
SE INAUGURO

Tras la desaparición de la primitiva
Puerta, pues la hubo como las de
Alcalá o de Toledo, la plaza ha sufrido
tres transformaciones a lo largo de su
historia

El pasado día 24 de enero, en efemérides tristemente silenciada y olvidada por los medios de información madrileños, pues madrileña, capitalina y hasta si me apuran pueblerina fue, ya que a Madrid, al pueblo de Madrid le afectaba, se cumplió el cuatrocientos setenta y cinco aniversario del acuerdo tomado por el Ayuntamiento de la Villa de levantar la Puerta del Sol, acuerdo motivado por la anunciada visita de los príncipes Juana y Felipe, que más tarde pasarían a la historia como Juana «La Loca» y Felipe «El Hermoso», personajes muy vinculados a Madrid.

Escasa trascendencia tendría el

hecho en sí de tomar una decisión municipal —una más, al fin y al cabo— si aquella no hubiere llegado a convertirse, a lo largo de más de cuatro siglos tras tomar cuerpo el proyecto, en algo muy antrañable y querido del sentir de Madrid. ¡Ahí es nada, amigo, la Puerta del Sol! Todo un símbolo, una bandera, un distintivo que identifica a Madrid desde cualquier punto del globo y que hace que cuantos conviven en la capital se sientan atraídos, si no por su belleza, sí por su popularidad y casticismo. ¿Quién no ha pasado alguna vez por la Puerta del Sol? Es el reclamo histórico, junto con la Cibeles, más conocido de la capital de las Españas. Pasar por Madrid sin haberse dado una vuelta por la Puerta del Sol, ese kilómetro

cero del latir nacional, corazón de su red viaria, es no haber visto Madrid, no conocer sus gentes, no adentrarse en el alma madrileña.

FUE EN EL INVIERNO DE 1502

Corría el crudo invierno de aquel 1502, cuando las cuatro estaciones climatológicas tenían bien definidas sus fronteras, y Madrid, aún sin ser villa capitalina, disfrutaba de muchas prerrogativas que la conferían el rango de tal, cuando los ediles municipales convocados a Pleno decidieron levantar la Puerta del Sol, como un homenaje de simpatía hacia los príncipes Juana y Felipe, que anunciaron su llegada



El oso y el madroño, todo un símbolo de la capital de España, preside el vivir de la castiza Puerta del Sol

a Madrid como visitantes ilustres. No importaba que Valladolid fuese por aquel entonces la capital del reino. En Madrid se avecindaban muchas nobles familias, se construían suntuosos edificios, y esto dio un impulso y una fuerza incontenible a la villa. Se estaba gestando la capitalidad.

BREVE APUNTE DE SU HISTORIA PRIMITIVA

No se anda muy afinado en lo que se refiere al origen histórico de la Puerta del Sol. Muy poca, escasa más bien, ha sido la documentación que nos han dejado los escritores e historiadores de aquella época. Tampoco el archivo munic-

pal, con poder presumir de poseer una buena e importante documentación, tiene muchos datos al respecto. Parece ser que el origen del nombre de Puerta del Sol se debe, según apunta fray Francisco Poveda en su libro «La Patrona de Madrid», a que los árabes antiguos vinieron a llamar a este nacimiento del primitivo Madrid por el quinto emir independiente de Córdoba, Mohammed I, hijo de Abderramán II, en el año 852, cuando mandó levantar el alcázar o mejor alcazaba, y la villa se fortificó con dos recintos, interior y exterior, siendo en este último donde aparece por vez primera lo que sería después Puerta del Sol. Cuatro puertas tuvo aquella muralla exterior: de Moros, Cerrada, de Guadalajara y de Valnadú. La de

Guadalajara, cara a oriente, abierta en la calle Mayor, a la altura de Las Platerías, fue la que posteriormente se correspondería con la del Sol. Así, aquellas puertas primitivas darían paso a otras, la de la Vega a la de Moros; la de Santa María a la Cerrada, y ésta a la de Antón Martín; la de Guadalajara a la del Sol, y la de Valnadú a las de San Martín y Santo Domingo.

LAS RAZONES DEL NOMBRE

Pero quien estudió con más ahínco el origen de la Puerta del Sol fue, sin lugar alguna, López de Hoyos, allá por el año 1570, en que ya hacía una referencia a dicha puerta. Dos razones daba López de

Hoyos para que tomara aquel nombre: la primera, porque está ella a oriente —dice— y en naciendo el sol parece ilustrar y desparcir sus rayos por aquel espacio; la segunda, porque cuando en España hubo aquellos alborotos —prosigue López de Hoyos— que comúnmente llaman las comunidades, este pueblo, por tener guardado su término de los bandoleros y comuneros, hizo un foso en contorno de toda esta parte y fabricó un castillo en el cual pusieron un sol encima de la puerta, que era habitual tránsito y entrada de Madrid. Más tarde el castillo y puerta se derribaron para ensanchar y desenfadar a tan principal salida.

Este puede decirse que fue el verdadero origen de nuestra madrileñísima Puerta del Sol, tras pasar no pocas vicisitudes a través de un milenio largo, cuando Madrid se forjó entre civilizaciones ibéricas, visigóticas, musulmana, mozárabe, árabe.

CINCUENTA Y NUEVE AÑOS DE OLVIDO

Lo cierto es que hubo un período de tiempo, cincuenta y nueve años exactamente, entre aquel 1502 del acuerdo municipal y aquel otro de 1561, año en que el buen rey Felipe II trasladó la capital a Madrid, durante el que nada se supo sobre la proyectada Puerta del Sol. Sin duda aquellas actas pasaron a los archivos o Dios sabe dónde a dormir el sueño de los justos, ¿justos digo? El caso es que nunca más se volvió a hablar de ello. Es muy posible que la penuria económica del Ayuntamiento madrileño en aquellos años no permitiera los desembolsos necesarios para llevar adelante el proyecto. La historia no nos ha dejado nada al respecto, aunque se cree que debió ser construida entre los años 1561 y 1570.

PRIMERAS OBRAS Y EMPLAZAMIENTO

A principios del siglo XVI se hicieron las primeras obras de empedrado de dicha Puerta y la reconstrucción de la misma, tapiada y almenada. En cuanto al sitio de su colocación, no se sabe a ciencia cierta. Hubo quien escribió, en 1300, que estaba en la embocadura de la antigua calle de los Preciados. La iglesia del Buen Suceso fue el primer gran monumento de la Puerta del Sol, aunque nació fuera de ella. Otro edificio principal y primero también que se presentó en la Puerta del Sol fue San Felipe el Real, fundado en el año 1547.

EN MAYO DE 1856, PRIMERA REFORMA

El caso es, mis queridos lectores, que pasaron los años, muchos años,



La Puerta del Sol, tras su segunda reforma



la actual plaza, más moderna y ya asfaltada

hasta que se decidió llevar a cabo las primeras obras —que se conocen, por supuesto— de la Puerta del Sol. Su gran reformador y proyectista fue el corregidor de Madrid don Francisco Javier de Quinto, en el año 1853, si bien el iniciador sería el duque de Sesto. Era el año 1856, en pleno mes de mayo, días festivos del Santo Patrono Isidro, cuando la piqueta, pues todo se hizo a pico y pala, se encargó de tirar algunas casas colindantes a Mayor, Arenal y Preciados, para ensanchar y dar una primera idea de lo que poco a poco sería la plaza de la Puerta del Sol. Antes no fue sino un verdadero zoco.

Hubo una primera fuente que el Ayuntamiento levantó en 1860 para contento y curiosidad de los madrileños mientras se modelaba la plaza, fuente que más tarde, en 1897, pasaría a la glorieta de Cuatro Caminos. Las obras duraron cinco años, dándose por terminadas en 1861, bajo planos del arquitecto Juan Bautista Peyronet, y costaron más de quince millones de pesetas. Esta fue la primera reforma conocida, insistimos.

Diez años más tarde, tomando como centro de la capital la Puerta del Sol, el 1 de junio de 1871, se inauguraba el primer tranvía, tirado por mulas, de España que hacía el trayecto Puerta del Sol-Barrio de Salamanca.

LA SEGUNDA REFORMA

Posteriormente, entre 1880 y los inicios del siglo XX, hubo otra pequeña reforma, en la que ya quedó definitivamente modelada lo que hasta nuestros días es la Puerta del Sol; así, los tranvías de tracción animal dejaron paso a los de tendido eléctrico, los coches de caballos impusieron su presencia y hasta algún vehículo de motor de explosión de la gente adinerada y finoli de aquella época se dejaba ver por la castiza plaza. ¡Había empezado la revolución mecánica! Eso sí, la Puerta del Sol conservaba una paz y una tranquilidad que ni se puede adivinar. Nuestros abuelos quizá lo recuerden. La gente pasaba y hasta paseaba a su libre albedrío por toda la plaza, sin dar importancia al tráfico —¡qué tráfico, digo yo!—. En fin, que la Puerta del Sol aquella, con su romanticismo, pues pasó a ser «plaza cortesana» donde se centraban los festejos principales, su casticismo, con sus gentes del pueblo; sus vendedores ambulantes voceando sus mercancías en libre y sana competencia, fue lentamente dejando paso al infrenable progreso, al maquinismo, hasta desaparecer todo vestigio de una época. En poco más de cincuenta años se borró de un plumazo lo que fue construyéndose muy poco a poco. El silencioso y pacífico Madrid fue absorbido por el

ruido. Como diría el célebre personaje de la *Verbena de la Paloma*: «... hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad».

... Y LA ACTUAL PUERTA DEL SOL

La última de estas reformas, hasta llegar a lo que hoy día es la Puerta del Sol, se inició el año 1950, siendo alcalde de Madrid don José Moreno Torres, conde de Santa Marta de Babío, obras que concluyeron dos años más tarde, en 1952. El proyectista y director de las obras fue el arquitecto don Manuel Herrero Palacios. Posteriormente, doce años después, se renovaron las aceras, y en 1968, por iniciativa del entonces alcalde de la Villa, don Carlos Arias Navarro, gran amante de Madrid y sin duda alguna el corregidor que más hizo por la capital de España —luego llegaría a ser presidente del Gobierno— quedó instalada en los jardincillos de la citada plaza el símbolo de Madrid, el «Oso y el Madroño», obra escultórica que salió de las manos del artista Santafé. Aquí se cerraban, por el momento, las obras de la Puerta del Sol, modernizándose en lo que cabía toda una vía de no fáciles soluciones en cuanto a embellecimiento se refiere. La Puerta del Sol, la famosa plaza madrileña, centro y cetro del Madrid de siempre, antaño romántica, bullanguera, festiva, hasta pacífica, ha dejado paso hogaño, sin remedio, al ruido, a la prisa, ese monstruo de tentáculos gigantes que nos tiene a todos aprisionados, a la contaminación, el cáncer de nuestros tiempos. La máquina ha ganado la batalla. El hombre se ve encarcelado en su propio saber. La humanidad entera ha de pagar muy caro su avance, su progreso. ¿Hasta dónde se llegará? Nadie lo sabe, pero el desafío a la Naturaleza puede ser peligroso. El destino puede revelarse contra la vida.

Aquí se encierra, a manera casi diríamos de telegrama, pues la historia de la Puerta del Sol necesitaría mucha tinta y papel, y por otro lado no ha sido otra mi intención que traer un recuerdo en forma de homenaje a esos cuatro siglos y quince lustros de la vida de tan entrañable plaza. Me voy a permitir por ello terminar este reportaje o semblanza con aquel dicho popular que circulaba por aquel Madrid:

Siempre si la boda o el bautizo no pasaban por la Puerta del Sol, ni la boda había sido boda, como Dios manda, ni el bautizo, bautizo.

Enrique MENDEZ CONDE

SIN REY... Y SIN SUBDITOS

PATONES

**UN PUEBLO MADRILEÑO
QUE TUVO REY PROPIO**

HOY APENAS TIENE OCHO VECINOS

LA MAYORIA DE SUS HABITANTES SE HAN
IDO DOS KILOMETROS MAS ABAJO, A LA
FERTIL VEGA DEL JARAMA

PATONES... *«Larga e interesante es la historia de este pequeño pueblo, que llegó en la Edad Media a constituirse en minúsculo estado autónomo, gobernado por reyes, que se sucedían de padres a hijos en la dirección de los asuntos de sus dominios», leemos en la «Guía de la provincia de Madrid», de Antonio Cantó Téllez, quien más adelante añade: «Yo llegué a presenciar, por los años 1925 al 1930, en uno de los Salones de Otoño que se celebraban en Madrid, un cuadro que representaba al último rey de los Patones, con su capa parda hasta los pies, a modo de manto real, y su sombrero calañés en vez de corona...».*

CAMINO DE PATONES

EN el kilómetro 50 de la carretera de Madrid a Burgos, cogemos la desviación que nos conduce a Torrelaguna, villa natal, como se sabe, del poderoso cardenal Cisneros, y que cuenta entre otros monumentos dignos de interés con una iglesia gótica, enclavada en la plaza del Ayuntamiento, edificio con portada también gótica, mandado construir por el cardenal. No se debe pasar por Torrelagu-

na —y más si es hora de almuerzo—, sin saborear el cordero asado, plato típico de estas tierras de pastos y quejigos.

En la misma barra del mesón, antes de «entrarle» al cordero, unos paisanos nos hablan de Patones:

—A Patones debe haber como unos seis kilómetros. Pero hay buena carretera. Apenas deben quedar ya vecinos, ya que la mayoría abandonaron sus casas y el pueblo. Lo que sí vienen son muchos madrileños. Algunos han comprado allí parcelas y reconstruido casas. In-

cluso hubo quien se metió así por las buenas en las casas abandonadas por los de Patones, sin contar con la autorización de los vecinos, con el fin de pasar allí unos días en verano...

¡Quién lo iba a decir! Patones, un pueblo que vivió siempre a merced de los dioses y vientos de la sierra, gobernado por propio rey, y que resistió las invasiones de árabes y luego napoleónicas, se entrega ahora casi sin condiciones a la «invasión» de domingueros y veraneantes madrileños, que huyendo del asfalto y de la contaminación acuden allí en busca de paz, sosiego y aire puro.

Pero cuando llegamos a Patones, después de subir en el auto por una carretera que arranca de la fértil vega del Jarama, algo así como unos dos kilómetros de curvas y cuestas empinadas, encontramos allí algo más que madrileños: hay también algunos turistas extranjeros, cámara en ristre, a la caza de lo thipycal-hispanhis, o, mejor dicho, en este caso de Patones, a la caza de nuestra

